

y reposo, sometidos á vuestra obediencia. « No desconozco cuán difícil os será dar á vuestro pueblo el desahogo que necesita, en medio de una guerra que obliga á gastos tan extraordinarios para conservar vuestros aliados; pero la guerra... os obliga también á no dejar oprimir al pueblo, por cuyo medio únicamente puede sostenerse. Tan graves males que podrán llegar á destruir el Estado, no es posible que carezcan de remedio, porque de otro modo todo se habría perdido: mas estos remedios no pueden obtenerse sino con gran cuidado y paciencia. No me toca á mí razonar acerca de ellos; pero sé muy bien, que si Vuestra Majestad se propone conseguir con perseverancia una cosa, si da á entender que no quiere verse burlado en este punto, y que no atenderá mas que á sólidas y positivas razones, aquellos á quienes confite su ejecución, se inclinarán á su voluntad, y dirigirán su espíritu á satisfacer á Vuestra Majestad en su justísimo deseo. Por lo demás, esté persuadido Vuestra Majestad, que por muy buena que sea la intención de aquellos que le sirven en beneficio de sus pueblos, no igualará jamás á la suya... Se dice á los reyes que los pueblos son naturalmente inquietos, y que no es posible contentarlos, hágase lo que se haga con ellos. Sin remontarnos á los siglos remotos de la historia, el nuestro ha visto á Enrique IV con su ingeniosa y perseverante bondad buscar remedio á los males del Estado, hallar los medios de contentar á los pueblos, y hacerles conocer y confesar su felicidad (1). »

Entretanto, sin embargo, ¡qué magnífica corte aquella en la cual Turenna, Condé, Colbert y Vauban, saliendo de la iglesia donde Mascaron y Bourdaloue habian predicado con inimitable elocuencia contra los teatros, corrían conmovidos á aplaudir á Corneille, Molière y Racine; en que se podían oír en las reuniones las críticas de Boileau, las alusiones de La Fontaine, las controversias de Pascal y de Arnauld, los amargos apotegmas de La Rochefoucauld; donde asimismo se admiraban las armonías de Lulli, los cuadros de Poussin y Lesueur, la arquitectura de Perrault; donde para la educación de los príncipes se hacían á propósito impresiones por los mejores eruditos, y se escribían el *Discurso sobre la historia universal* y el *Telmaco*! En los jardines de Versalles, llenos de seducción y voluptuosidad, se encontraba la *alameda de los filósofos*, en la que paseaban Fenelon, Fleury, La Bruyère, Pelisson y otros, « y se veía á Bossuet resolver las dificultades propuestas acerca de la Sagrada Escritura, explicar un dogma, discutir un punto de historia ó una cuestión filosófica. Reinaba allí entera libertad, se hablaba indistintamente de todo, sin embarazo ni pretension de ningún género: con las graves cuestiones de religion y de filosofía se mezclaban reflexio-

(1) 1675. *Œuvres*, vol. 41, pág. 170 y siguientes.

nes sobre las nuevas obras de literatura que llamaban entonces la atención del público, y muchas veces Bossuet, llevado de su gusto por todo lo que era grande y sublime, recitaba con admirable memoria los mejores trozos de los autores antiguos y modernos (1). »

Tal era el séquito con que Luis XIV se presentó á sus contemporáneos y á la posteridad; y si bien aquellos grandes hombres fueron hijos de la anterior revolución y se formaron en la escuela de los grandes negocios, la gloria se da siempre al que manda, no al que aconseja. Luis se enorgullecía de los ministros, de los generales, de los artistas y de los escritores que produjo su siglo, como si fueran creaciones ó emanaciones de su genio, y aun creía que era hacer un robo á su gloria el que alguno se distinguiese sin su apoyo.

Ha dicho uno de sus compatriotas que á los Franceses les agrada gastar librea, y con tal gusto es natural que se aprecie mas á quien la dé mas lujosa y galoneada. Entonces fué cuando se conoció verdaderamente aquel adagio: *Al ejemplo del rey se forma el mundo*. Enrique IV, amante de la guerra y de las maneras soldadescas, no podía inspirar á la nobleza el gusto y delicadeza que él desconocía, pero supo introducir el amor á la galantería. Esta, obligada en el reinado de Luis XIII á revestirse de devotas apariencias, se vengó durante la Fronda, con el desarrollo del libertinaje, auxiliador del puñal y del veneno: mujeres de alta clase, pero licenciosas é intrigantes, imponían el tono á la sociedad, que todo era contradicciones y mordacidad, y donde la mofa no perdonaba ni las cosas mas serias y sagradas, corrompiendo el buen gusto con la exageración, la moral con el ridículo y el buen sentido con las pasiones. Á depurar esta escoria vinieron las *Preciosas*, que merecieron las picarescas burlas de Molière; pero es preciso condescender con nuestra pobre humanidad, que no sabe apartarse de un exceso sin caer en el extremo opuesto. Gran nombradía consiguieron las tertulias que mantenía Catalina de Vivonne, hija de un tal Pisani y de una Savelli, y viuda del marques de Rambouillet, guardadora mayor de Luis XIII. En su palacio, situado en la calle de Santo Tomas del Louvre, reunía las reliquias de la corte italiana de Catalina de Médicis, y todo lo mas selecto del país, desde Richelieu, Condé y Corneille hasta aquellos que no tenían otro mérito mas que su limpieza de sangre ó vivo ingenio. Ornamento y vida de estas reuniones era Julia de Angénnes, primogénita de aquella familia, tan hermosa como instruida, y amante de todo el que se distinguía por su talento. Reina de los ingenios, incomparable *Artenice*, permitió que el duque de Montosier la hiciese la corte por doce años consecutivos, hasta que viendo que la flor de su juventud y de belleza se iba pasando, se casó

(1) LE DIEU.

por fin con él. El duque entonces le regaló una *Guirnalda de Julia*, en que á cada una de las flores acompañaba una composición de algun autor célebre, escrita en su elogio.

Esta es una muestra de la afectación de las maneras, de los pensamientos y de la conducta que reinaba en aquella sociedad, donde sin embargo se secundaba la obra del rey mejorando la Francia con purificar la lengua y las costumbres, desterrando la tosquedad que los tumultos pasados habían dejado, y ennobleciendo los ánimos y la conversacion. Y cierto que aquellas primeras preciosas aparecen distintas de las sucesivas que las exageraron. La reputación de una conducta virtuosa era su primera pretension; despues la delicadeza en los modales, la pompa en el ingenio y la pureza en el hablar. No habrían podido tolerar que se profanase una palabra sagrada, diciendo: *Yo amo el melon*, pero decían: *Yo estimo*; habrían querido una ortografía mas conforme con la pronunciación, á fin de que también las mujeres escribieran con tanta corrección como los académicos, y en efecto, quedaron algunas correcciones que se introdujeron en aquel tiempo (1).

Placeres elegantes, una devoción discreta y un resto de oposición servían para difundir la gracia y la elegancia perdidas, así como los salones de la Staël y de la Recamier despues de la Revolución. Á aquellos placeres del espíritu asistía todo lo mejor que tenía la Francia. Voiture disputaba si debía decirse *muscardin* ó *muscadin*, y si debía desterrarse ó no la conjunción *car*; Corneille leía tímidamente el *Cid* ó el *Polieucto*; Molière sentía renacer sus fuerzas cuando cerca de él oía una voz que gritaba: *¡Valor! este es un verdadero cómico*; Bossuet de diez y seis años declamaba allí á las altas horas de la noche su primer discurso, y el chiste de Voiture *Yo no he oído predicar ni tan pronto, ni tan tarde*, sirvió para hacerle célebre. En aquellos círculos se leían la *Atalia* de Racine ó el último soneto de Benserade, los sermones de Bourdaloue ó las máximas de La Rochefoucauld; se pesaba su mérito, y aquellos juicios que pasaban por irrecusables, formaban el fondo de los que Boileau eternizó en su *Arte poética*. Los nobles debían aspirar también á este modo de figurar, y pasar mas allá que los doctos en la afectación de saberlo todo sin haberlo aprendido. La afectación, pues, era la que precedía á la rectitud del gusto, y este deseo de darse á conocer por un talento cultivado, hacía que se dedicasen á la instrucción y á la cultura, hasta entonces inusitadas entre la nobleza.

Pero pronto se degeneró; personas de condición baja y de corto ingenio quisieron emular aquellas maneras y aquella viveza de talento, y cayeron en la afectación del culteranismo

(1) Como *tête, prône, strelé, âge, avis y avec*, en vez de *teste, prosne, seurelé, aage, advis avecque*.

y del ingenio. Estas falsas preciosas se fijaron ciertas reglas para hablar, no ménos inexcusables que las de la caballería; á cada momento usaban citas antiguas y modernas (1); á los nombres de pila reemplazaron otros, sacados de las voluminosas novelas tan aplaudidas en aquel tiempo; al vocablo propio sustituyeron locuciones (2); de lo cual resultó una jerigonza peculiar suya, tan confusa que al fin les costaba trabajo entenderse entre sí; por lo que Menage escribió la *Súplica de los dictionarios* contra la ruina que amenazaba á la lengua.

Las cultas pasaban entonces la mayor parte del día en la cama, recibiendo desde ella las visitas, conversando, y las jóvenes esposas recibían los plácemes en ricos lechos, rodeadas de rasos y de aromas. Al nuevo adepto le servían de introducción en la cámara del genio un *rondeau*, un enigma ó un billete, siendo todo ello la refinación del talento; el alcobista introducía descaradamente al afortunado, el cual desde aquel instante quedaba hecho *precioso*, así como también eran *preciosas* las palabras que salían de su boca. Epigramas, sonetos, billetes y chistes agudos eran el pasto de todos los días, y debía saberse todo (3) y conocer el fondo de las cosas (4), hubiéranse estudiado ó no. Como vestigios de la caballería solíanse todavía consagrar los jóvenes á cualquiera dama, y de aquí también que toda dama escogiese un predilecto, al que prodigaba títulos y demostraciones, pero nada mas, porque la mas pequeña idea *carnal*, como ellas decían, sería bastante para desterrarlos de aquel Olimpo; tenían siempre en boca la palabra *obscenite*, y decían que era *acanallarse* el descender á tratos ménos cultos. Voiture, que escribió tantas cartas apasionadas á Julia de Angénnes, corrió peligro de una eterna desgracia por haber querido besarle el brazo un día. Allí, pues, el egoísmo se cubría con la máscara de un sentimiento mas ó ménos falso; toda necedad adquiría importancia; dos líneas de una carta ó un chiste feliz eran repetidos, imitados ó comentados; un madrigal de La Sablière, un cuarteto de Benserade eran saludados como un gran acontecimiento; y de muchas de aquellas damas se conservan las memorias ó las vidas. Artenice aparecía allí ya de Diana ó bien de Amazona; un día se la vió sobre la cumbre de un montecillo y ligeramente vestida, rodeada de ninfas con lirras y guirnaldas, para recibir á un druida, es decir, á un obispo.

(1) Lamentándose Mignard de que su hija no tuviese memoria, *Dichoso vos*, exclamó la Ninon, *con eso no haré citas*.

(2) Segun Molière, en vez de criado decían *el necesario*; las sillas eran *las comodidades de la conversacion*, el gorro de dormir *el cómplice inocente de la mentira*, el rosario *la cadena espiritual*, el agua *el espejo celeste*; y decían: *No sedáis inexorable con esta silla que os tiende los brazos*; ó bien: *Attachez sur ces gens la reflexion de votre odorat*.

(3) *Les gens de qualité savent tout sans avoir rien appris*.

Molière.

(4) *Savoir le fin des fins*.

La corte

Vino después la corte, y según el ejemplo dado por esta, todo estuvo lleno de amores y devociones, de heroísmo y de literatura. La fe conyugal fué escarnecida en las comedias de Molière, y escandalizada por el ejemplo del rey que cubría el decoro con capa de nobleza. Para que pudiese presentarse en carroza con la reina, con la Vallière y con la Montespan, y hacer que el parlamento legitimase sus bastardos, era necesario que las costumbres de aquel tiempo no le repugnasen; pero después que el rey presentó los suyos, afluyeron á Versalles los bastardos de todos los príncipes. El cortesano era pródigo en el juego, en los equipajes, en la caza y en el lujo; disipaba sin cuidado y con estrépito, pues la avaricia hubiera sido una falta imperdonable, y no miraba á nadie más que al rey. Sin embargo, cargado de adornos y bordados corría á hacerse matar como héroe; la juventud principiaba su carrera en los campos de batalla como si fuera á una fiesta; se llevaban libros para estudiar en los campamentos, y de las tiendas de campaña salieron Saint-Evremond, Descartes, Vauvenargues y Bussy, llamado el Petronio frances (1); entre los peligros de los bombardeos de Argel, en las batallas dadas á orillas del Rhin, y en las minas de Candía, el espíritu frances lanzaba chistes y moría chanceándose.

**Pelucas.** En la corte, donde bajo el fausto universal se olvidaban las distinciones (2), los hombres mismos comparecían adornados, cargados de bordados, fajas y cintas con lujosa espada al lado, con gestos acompasados (3) y enormes

(1) En su *Historia amorosa de las Galias*, revela los desórdenes de la corte; por lo cual fué desterrado.

(2) El espléndido modo de vivir entonces no se limitaba á pocos, pues que la Maintenon en 1680 calculaba que su hermano con 9,000 francos podría tomar en alquiler una buena casa en Versalles, tener diez criados, cuatro caballos, dos cocheros y una buena comida todos los días.

(3) Marino, que honrado en Francia con aquellas generosas acogidas que se dispensaban á la charlatanería y se negaban al mérito, pagaba con bufonadas los inmerecidos honores, describe con el pincel de Callot el vestir extraño, las terribles locuras, las mudanzas perpétuas, las incesantes guerras civiles, los excesos desmesurados, las riñas, los pleitos, las violencias y los embrollos « que debieron destruir en vez de sostener á la Francia. » Las mujeres hacen allí de hombres, y los hombres de mujeres: estas dirigen la casa y todos los asuntos, y aquellos usurpan la galantería, los adornos y la elegancia femenil. Aquellas estudian para ponerse pálidas como si tuvieran cuartanas, y se ponen lunares en el rostro, y en el pelo unos polvos que les hacen parecer viejas á todas; rodeándose el cuerpo por debajo de los vestidos con aros de toneles, por medio de los cuales ocupan un gran espacio. Los hombres también, aun en tiempo del mayor frío, van en camisa, si bien llevan debajo de ella un abrigo; siempre calzados de botas y espuelas aunque no tengan caballo ni caballería, pareciendo gallos en esto, y cardenales en lo demás con la capa y el justillo rojos; después mil colores como la paleta de un pintor, y penachos más largos que colas de zorra, y sobre la cabeza otra cabeza que llaman peluca.

« Si viérais (añade) mis calzones, sostenidos con trabajo sobre los costados dejando salir la camisa; dos varas de encaje se necesitan para cubrirme las piernas y aun quedan descubiertas las pantorrillas; la cabeza, entorpecida en medio de una fuente de muselina, permanece como de estuco. Mi sombrero de Lyon de fieltro oscuro haría sombra al rey de Marruecos, y es más puntiagudo que un campanario: en cuanto á lo demás, aquí todo es puntiagudo, sombrero, casaca, botas, peinados, cerebros, y en fin, hasta los tejados de las casas. Los nobles ocupan el día y la noche en pasear, y por una

pelucas. Por alusión á los libros de gran volumen se llamaban *in folio* aquellas que caían en rizos sobre la espalda y el pecho, introducidas por el abate De la Rivière en 1630; las de la corte pesaban hasta dos libras y media, siendo preferidos los cabellos rubios, que se pagaban desde 50 á 80 francos la onza, y á veces una peluca solía costar 3,000 francos. ¡Calcúlese cuánto costaría el sostenerla (1)! Las señoras también se excedían en gastarlas muy grandes (2); y cuando en 1714 se presentaron dos señoras inglesas para ver cenar á Luis XIV en Versalles, causó asombro y excitó la murmuración de los cortesanos el verlas con el peinado bajo. Entonces el gran rey, oyendo las causas, las hizo aproximar, y encontrándolas bellas y bien formadas, las elogió, añadiendo que si todas las señoras tuvieran juicio, se peinarían del mismo modo. Esto bastó para que toda aquella noche trabajasen las damas en achicar sus pelucas, quitándolas dos de los tres pisos ú órdenes que tenían, y toda la armadura de hierro que las sostenía, compareciendo después á la mesa con un piso solo. Con trabajo podían ellas contener la risa al verse las unas á las otras con aquel tocado que parecía extrañísimo por lo inusitado; pero el gran rey las elogió, y nada más fué necesario para que todas las cabezas femeniles que había en París, se humillasen hasta el mismo nivel.

El ruido que excitó el peinado de las Inglesas, distrajo la atención de otra novedad que se encontraba en su traje; consistía esta en unos enormes aros de barbas de ballena que sostenían extremadamente huecos los vestidos. Al presentarse aquellas en las Tullerías, se reparó en esta circunstancia, y fué tanto el gentío que se reunió en su derredor, que tuvo que acudir la guardia en su auxilio. Esta aventura dió mucho que hablar, y las damas comenzaron á llevar guardainfantes en casa, diciendo que les parecían muy útiles en aquel estío tan rigoroso (era en 1716); y no atreviéndose á salir con ellos de día, lo hacían por la tarde, evitando el entrar por las puertas ordinarias. De este modo comenzó el mundo elegante á irse acostumbrando á ellos, y á fuerza de encarecer su comodidad, se generalizó su uso. El presidente De

mosca que vuela se desafia. Entre amigos se usan tanta ceremonias, que es necesario buscar al maestro de baile para hacer una reverencia, y las conversaciones comienzan con una pirueta. Las damas no reparan en recibir besos en público, y el pastor puede dar su corazón á la ninfa sin ningún inconveniente. Hay juegos, bailes, festines, conversaciones, mascaradas por todas partes y buena mesa; el agua se vende como las calabazas y el queso, y las frutas cuestan un ojo de la cara. El vino corre á torrentes, y la botella está siempre en la mano. »

(1) Federico Guillermo de Prusia puso una contribución á las pelucas, cuyo precio mínimo era medio escudo, y de ahí en adelante según la clase de quien la llevaba. Esto causaba gravísimos inconvenientes, por lo cual se substituyó por otra contribución sobre los fabricantes vendedores, y después se volvió á imponer sobre los que las llevaban dividiéndolas en cinco clases.

(2) La Sevigné elogiaba á su hija cierto tocado menos voluminoso, pero temía no le perjudicase á la dentadura. Entonces se atribuyeron muchas apoplejías á las pelucas.

Mesnières, de quien tomamos esta historieta, añade que en su tiempo (1733) las más modestas llevaban tres varas de circunferencia, y diez de tela de seda, que era lo que empleaban en una basquiña; llamaban jansenistas á otra clase de guardainfantes, que solo llegaban hasta la rodilla (1).

Así como este adorno manifiesta el carácter exterior de aquel tiempo, el interior se descubre en el espíritu de la conversacion y de la sociedad, que da el fino tacto de la vida y de las cosas, el sutil conocimiento de la urbanidad y del ridículo, la delicadeza en el hablar, y que anima á la literatura de entonces, expresion viva de los hombres y del mundo; tanto que no hubieran podido brillar en otra parte la Sevigné, Molière y La Fontaine.

La Sevigné.  
1627-96.

Como retrato de aquella sociedad cortesana, tenemos multitud de Memorias contemporáneas, donde no se encuentra un personaje sobre el que no corran muchísimas anécdotas, las que también fueron recopiladas en la *Ana*, obra de un talento consumado. Con preferencia á otras recordaremos á María de Rabutin, hija del baron de Chantal, famoso espadachin que perdió la vida un día de Pascua por servir de padrino en un duelo, en el cual quedó muerto un hijo suyo. Casada con el marqués de Sevigné, exclamaba: *Él me estima y no me ama; yo le amo y no le estimo*; y Menage la decía: « La » peor desgracia que puede haber sucedido al » señor de Sevigné es la de haberse casado con » vos, pues que todos exclaman: ¡Lástima » que tal mujer haya tocado á tal hombre! » Muerto también él en desafío por una *epicúrea*, María quedó viuda siendo muy jóven, llena de brio, con talento y con aquel carácter expansivo que no procedía de poco discernimiento, sino de su constitucion fria; siendo amada sin corresponder, y teniendo el orgullo de las virtuosas, el de excitar pasiones sin querer participar de ellas. Fué galanteada por el poeta Benserade, por el príncipe Conty y por el banquero Fouquet, que estaba dispuesto á metamorfoarse en lluvia de oro; Menage, que para ella compilaba madrigales italianos, y que después se hizo su confidente, la decía: *Después de haber sido vuestro mártir, soy ahora vuestro confesor*. Ella le contestaba: *Y yo vuestra virgen*. Con los chistes y la broma se libró de las más refinadas seducciones de Bussy-Rabutin y de Saint-Evremond; con su buen sentido se preservó de los sofismas triviales y burlescos del gran mundo: admiró á la Scuderí, pero escribe naturalmente *dejando la brida sobre el cuello* á su pluma, en cuyas obras aparece cuán habitual le era el hablar de un modo elegante; aprecia á la Maintenon, pero huye de sus galanteorías y de su santurronería; educada en sentimientos religiosos, lee sin embargo á Montaigne y Rabelais; echa de menos á Retz y á Port-Royal, y no se deja deslumbrar por el esplen-

dor del gran rey; aprendió de los jansenistas á plegarse á los decretos de la Providencia sin quejarse ni indagar; gustaba del campo, aunque entonces era bastante escaso el sentimiento de las bellezas naturales, de lo singular y del silencio, y envejeciendo con tranquilidad, sobre el retiro de sus últimos años puso esta inscripción: *Santa libertad*.

No se la conocía ninguna otra pasión más que un excesivo amor á su hija, *la más hermosa doncella de Francia*, como ella decía. Por ella asistía á las reuniones, y por ella se hizo autora; repetía sus chistes con frecuencia y solo por ella acogía con oficiosidad las visitas; después habiéndose separado de ella por causa de su matrimonio con el señor de Grignan, hacía llevadera esta separacion con una correspondencia no interrumpida; contaba las horas en que debía llegar el correo, mirando con impaciencia si venía, imaginando desgracias si se retrasaba; y los días en que no le tocaba recibir carta, los pasaba en esperar aquellos en que debía tenerla (1). En este comercio epistolar, con ardiente calor unas veces, con dulces confidencias otras, y siempre con una delicada ternura, describe su vida, las costumbres, las lecturas y los caprichos de la sociedad en que vivía, con tanta mayor naturalidad cuanto que jamás pensó formar de ello un libro; así que su gran atractivo es el de ser siempre verdadera y el eco fiel de las opiniones corrientes, las cuales recibía y transmitía con una gracia inimitable. Aunque sus cartas solo están llenas de sucesos del momento, todavía son hoy leídas y releídas por aquella mezcla deliciosa de todos los tonos y sentimientos, aquella imaginacion tranquila á la vez y animada, aquella armonía del ingenio con el sentimiento, de la dulzura con la fuerza y de lo sencillo con lo sublime, con la cual nos presenta en accion la sociedad de aquel tiempo, viva y voluble, el fervor religioso y la frivolidad mundana, las fiestas y las aflicciones de la corte.

La juventud no había olvidado todavía las orgías del siglo precedente, pero cubría con el barniz de la elegancia el vicio y la vida de abandono y de envilecimiento. Los parientes, los intereses y los partidos comunes agrupaban á los nobles, estrechando los lazos entre ellos, y haciéndolos altaneros con los plebeyos á causa de la distincion que, según decían, debía existir entre la corte y la sociedad; cada profesion llevaba distinto traje; el vestido negro más ó menos largo de los profesores, magistrados, médicos y comerciantes les distinguía de los cortesanos que le gastaban corto y rico; así como en estos se descubría por su aire la costumbre de la superioridad y del mando, en aquellos se observaba la de la obediencia y del sufrimiento. Un artesano no podía vestirse de paño como el ciudadano, ni el ciudadano de seda, reservada

(1) En tiempo de Luis XIV fué cuando comenzaron á violarse los secretos confiados al correo.

(1) LE NOIR, *Musée des monuments français*.

solo á las personas del gran mundo; del mismo modo que á las artesanas les estaba vedado el vestir de tafetan, propio de las ciudadanas, que á su vez no debían usurpar el terciopelo á las damas. Aunque habia pasado la época de las preciosas, todavía no habia llegado la conversacion seria, regulada por Fontenelle, en la cual era un pensamiento y una ocupacion el ir á murmurar ó á discutir de ciencias. La pasion dominante era la chimosgrafia, las *conversaciones infinitas*, como dice la Sevigné, y el cuidado mas supremo el de no quedarse sin materia, y dar valor á las cosas mas insignificantes, mas bien por pretension que por sentimiento. La gracia sin embargo era apreciada y el talento aplaudido; gustábase del epigrama, y no pudiendo ó no atreviéndose á usarlo contra el gobierno, comentábanse los escándolos de la corte.

Si la Sevigné habla mas frecuentemente con la cabeza que con el corazon, tambien en lo que escribe dejándose llevar del sentimiento, nos presenta el espejo de aquella sociedad. Se rie de la sangrienta insurreccion de los Bretones, y se burla del suplicio de la rueda á que se sujeta á los rebeldes vencidos (1); ataca á su amigo Vivone, el héroe de Messina, y dice á su hija en confianza, que murió podrido del cuerpo y del alma (2). Cuando Bossuet renunció el obispado á que no podia atender, y se contentó con una sencilla abadía, exclamó para mostrar su sentimiento: ¡ *Oh pobre hombre!* Cuando dió á luz su *Exposicion de la fe*, escribió á su hija: « Me han dicho que Bossuet hace un libro donde asegura que con tal que se crean los misterios, basta, y que desaprueba todas las sutilezas del Santísimo Sacramento, las cuales no son mas que herejías. Hé aquí el caso tuyo. »

Conversaciones.

La religion insinuada en la primera enseñanza vivia en el fondo de los corazones; y la educacion religiosa que por aquel tiempo recibian todos, era una especie de preparacion contra un mundo corrompido, en el cual era preciso vivir de continuas transacciones entre el rigor de los principios y la laxitud de los hechos. Pero muchos sentian la necesidad de creer seriamente, y la Inglaterra no habia introducido todavía la moda que llamaban el libre pensar. Por esto se ve á Bossuet extenderse largamente sobre los últimos instantes de los personajes que elogia, y sobre todo de Condé; Fontenelle mismo recitando elogios de los académicos á medida que

(1) « Avant-hier on rona le violon, qui avait commencé la danse et la pillerie du papier timbré: il a été écartelé, et ses quatre quartiers ont été exposés au quatre coins de la ville. On a pris soixante bourgeois, et l'on commence demain à pendre. Cette province est un bel exemple pour les autres » (3 octubre 1675). Y en otra parte: « Vous me parlez bien plaisamment de nos misères: nous ne sommes plus si roués: un en huit jours pour entretenir la justice. »

(2) Era hermano de la Montespan, extraordinariamente grueso, y la Sevigné lo señalaba con el nombre poco agradable de *Groscreve* (*Gordinflon*). Luis le queria mucho por sus agudezas, le hizo mariscal y regaló á su hijo 4.000.000 cuando se casó. Un dia le preguntó para qué sirve leer. « Señor, respondió, la lectura sirve al espíritu como vuestras perdices á mis carrillos. »

morian, y delante de una reunion profana, jamas guardó silencio sobre el modo con que aquellos habian llenado los últimos deberes religiosos. Con la mayor frecuencia veíase despues á muchas personas de una vida disoluta recogerse á Dios, porque los errores procedian de los sentidos, sin atravesar el hielo del racionalismo ni del sarcasmo. Hablando de Port-Royal, se nos presentarán frecuentes ejemplos de personas de mérito y cualidad encerradas en el claustro ó en el retiro. Aquí debemos hacer mencion de Ana de Gonzaga, princesa palatina, que hizo un papel principal en los sucesos de la Fronda, y que convertida despues á Dios mereció los elogios fúnebres de Bossuet. La Sablière, una de las mujeres de la clase média mas ingeniosas de aquel tiempo, robaba los marqueses al gran mundo para atraerlos á su círculo; habiendo criticado un error de ciencia y de lengua en Boileau, mereció el desprecio de este, que se desahogó en una sátira; protegió generosamente á La Fontaine, y reprendiéndola un pariente suyo, hombre grave, porque á cada instante cambiaba de amores, y diciéndole que á lo ménos los animales no aman sino una vez al año, ella respondió: *Precisamente porque son bestias*. Últimamente tambien esta se refugió en la devocion y en la asistencia de los pobres, y escribió los *Pensamientos cristianos*, que bien puede figurar entre los muchos libros piadosos de aquel siglo.

Ana Genoveva, hermana del gran Condé, impulsada á la meditacion á consecuencia de las primeras desventuras de su familia, aunque mujer de sentimiento y con un espíritu investigador, decidió hacerse monja, y cuando su madre trató de llevarla á un baile, se presentó en él bellísima, en su figura y en el vestido, pero llevando siempre escondido debajo de este el cilicio. Inútil defensa contra tantas asechanzas, á las cuales cedió demasiado pronto, llegando á ser el ornato del círculo Rambouillet, donde le eran tributados los suspiros de los galanteadores, los homenajes de los poetas, y las lisonjas de los magnates togados y purpurados. En su renaciente deseo de emociones cambió de amores con frecuencia; casóse por fin con el duque de Longueville, y despues de haberle abandonado, corrió á reunirse nuevamente con él para poner á cubierto, no su virtud, sino su reputacion, y obtener mas elogios que una reina. Ni aun los cuidados de la maternidad pudieron tenerla quieta, y necesitó tomar parte en todas las intrigas de la Fronda para no fastidiarse. Prescribía á su capricho las acciones del príncipe de Conty y el gran Condé, sus hermanos, y aun del mismo Retz: ensalzada por el pueblo hasta las estrellas, dirigió á los combatientes en los sitios y en las barricadas, y estipuló de igual á igual con Ana de Austria una paz en la que hizo dar gobiernos á sus hermanos, y un baile en su obsequio. Pero cambiando de repente la fortuna, se vió obligada á vagar incógnita hasta las orillas del mar; encontró á Turena, y

La Longueville. 1619-75

recobrando con él su antigua prosperidad, decidió otra vez de la suerte de Francia, y el parlamento la proclamó inocente, y *solo culpada de lesa amor*.

Sin embargo, entre aquel delirio de ambicion y de deleite, la asaltaban nuevamente los serios pensamientos de su juventud, y escribia á la abadesa de las Carmelitas: « Mi mas ardiente voto es el de ver concluida esta guerra para refugiarme á vuestro lado, y terminar la vida lejos del mundo. Pero no puedo hacerlo hasta que la paz no esté asegurada. No parece que se me ha dado la vida, sino para hacerme sentir todo su peso y amargura; cuanto me unia á ella está roto ó hollado. Escribidme con frecuencia, y sostenedme en el disgusto que experimento hácia esta terrestre peregrinacion. »

¡ Ella tan galanteada, tan aplaudida, ella el primer personaje de Francia! Solo tenia treinta y cuatro años cuando se retiró, y volvió á su marido perdonando y perdonada. Á la muerte de este prodigó muchísimo en obras de caridad, en reparacion de los males que habia causado durante la Fronda; puso en libertad á novecientos presos por deudas; mil personas estaban inscritas en la lista de sus limosnas, y aceptando como expiacion el desgraciado fin de sus hijos, dejó á la posteridad un monumento de edificacion en sus cartas y en sus Memorias.

Del mismo modo hemos visto tambien á la Vallière expiar en un claustro el delito de haber amado demasiado. La Montespan construyó un magnífico colegio llamado de hijas de San José, para instruccion de las niñas, al cual se retiró despues de su caída. Por una noble emulacion preparó tambien la Maintenon el colegio de Saint-Cyr para las nobles pobres, como ella habia sido, y al morir su regio esposo, se retiró á él para pasar allí el resto de su vida. Al aproximarse la Pascua, solian recogerse todos al retiro, « á aburrirse por amor de Dios, » como decia la Sevigné.

De esta manera es como puede explicarse en medio de aquel fausto y de aquella disipacion el interés que se tomaba por las cuestiones de la Gracia, el misticismo de la Guyon y el amor puro de Fenelón, y como los *Provinciales* de Pascal pudieron hacerse un libro de moda.

Sin embargo, entre tanto refinamiento, el buen tono toleraba algunos vicios torpes, porque la moral con mucha frecuencia ha sido connivente ó con el imperio de la moda ó con las distinciones sociales. No deshonraba el usar trampas en el juego, cuya pasion llegó á ser dominante desde la época de Mazarino; á un noble no le resultaba infamia por ser procesado por raptos ni por violencias; el cargarse de deudas, y el engañar y no pagar lo que se debía se tomaba por desenvoltura, y Luis á cada instante tenia que dar órdenes de próruga, ó pagar las deudas de aquellos que á él recurrían (1). Él mismo

(1) El juego presentaba tambien ocasiones de famosas generosidades. Voiture perdió en una tarde 1.400 lises, y faltán-

jugaba gruesas cantidades así como sus hijas, y mas gruesas todavía su hermano y el delphin. Despues que entraron los escripulos, las damas, al fin del sarao, regalaban al vencedor lo que habian perdido, como queriendo burlarse de Dios y de la conciencia. De este modo estafadores y falsarios se introdujeron en la sociedad, siendo bien recibidos porque eran cínicos y jugadores. Otros se proporcionaban dinero con solicitar los bienes de los confiscados ó de los suicidas y denunciando lo mal adquirido; y al hombre de bien sustituyó el hombre de mundo.

La conversacion con las damas comunicó frivolidad á las reuniones; el espectáculo del desorden no excitaba la vigorosa indignacion de las almas honradas, sino la indiferencia respecto de los principios, la duda sobre las opiniones respetadas, la mofa y el cinismo; y la vanidad hacia sucumbir mas mujeres que las inclinaciones sensuales. La desnudez de las expresiones en Molière da indicio de las costumbres depravadas de la época; la galantería es en sus comedias un juego irreprochable; en el *Anfitrión* se disculpa y aun se justifica el adulterio, se indican las intimidades del tálamo, y dirigiendo los golpes contra la devocion, el autor favorecia el desorden, tomando por hipocresía el no secundarle. La Rochefoucauld decia que « eran muy pocas las mujeres honestas que no estuviesen cansadas de su profesion; » La Bruyère que « muchas mujeres son ménos conocidas por el nombre de sus maridos que por el de sus amantes, » y que « los devotos vendrian á ser ateos bajo el imperio de un rey ateo. » ¿ Qué mas? Tan desarrollada estaba la corrupcion, que ya inspiraban asco las mujeres, y Bourdaloue tuvo que anatematizar un vicio que

dole 200 para completar la suma escribe á Costar: « Os ruego que me mandéis al momento 200 lises que necesito para completar los 1.400 que he perdido ayer tarde. Sabed que juego no ménos sobre mi palabra que sobre la vuestra. Si no los tenéis, buscad quien os los preste, y si no los encontráis, vended aquello que mas os plazca; pero yo los quiero aquí absolutamente. Mi amistad os habla con tanto imperio porque es fuerte; la vuestra, débil todavía, diria: Os suplico que me prestéis 200 lises, si os es posible y sin que os incomodéis. Perdonadme el que os trate con tanta libertad. »

Costar, otro famoso ingenio de aquel tiempo, le respondió: « Jamas habia creído poder gozar tanto placer por tan poco dinero. Ya que jugáis sobre mi palabra, tendré siempre un fondo dispuesto para honrarla. Os advierto ademas que un pariente mio tiene siempre 1.000 lises de que puedo disponer como si estuvieran en nuestro cofre: sin embargo, no quisiera con esto exponeros á una pérdida considerable. Un amigo me decia ayer que su excaudal habia sido el mejor amigo que habia encontrado en el mundo; así, pues, guardad el vuestro. Os devuelvo vuestra obligacion maravillándome que obréis así conmigo despues de lo que el otro dia os he visto hacer con Balzac. »

Balzac habia mandado á pedir 400 escudos á Voiture en préstamo, el cual se los entregó al criado, con esta obligacion escrita: « Yo el abajo firmado confieso deber á Balzac 800 escudos por el favor que me ha hecho de enviarme á pedir 400. » Otra vez habiendo perdido todo su equipaje el marques Pisani al juego en el sitio de Thionville, Voiture le mandó 100 doblones con este billete: « Imaginándome que como yo he jugado por vos en Narbona, así vos habéis jugado por mí en Thionville, y en mi nombre habréis doblado la puesta, os mando 100 doblones en compensacion de la pérdida que podáis haber tenido por mi causa. »